

Aquel demente del heroísmo



SERAFÍN SÁNCHEZ VALDIVIA

Hijo de San Juan de los Remedios (antiguo cacicazgo indio llamado Sabaneque) Crespo tiene por su estructura física y por lo criollo de su corazón mucho de indio, pero de indio bravo. Trigueño, huesudo, ojos pequeños, pelo lacio, ó muerto (como dicen los dominicanos), de cortas palabras, reservado, frío, taciturno, siempre con un libro en la mano, leyendo algo para aprender é instruirse: tal es Jesús y su retrato verdadero. Diecisiete ó dieciocho años contaría de edad cuando se marchó á la Revolución en 1869; soldado raso ingresó en una de aquellas partidas que se alzaron en armas en la jurisdicción de su pueblo contra la dominación española; como tantos otros luchó infatigablemente y sin desmayo desde el principio hasta el término de la Revolución; pero pocos, muy pocos, por no decir ningún otro hombre de guerra, realizó actos personales de audacia y valor que pudieran emular los de Jesús Crespo. Y no se crea que al afirmar esto exagero por el cariño personal que hacia ese antiguo compañero de armas me une, ni por el gusto y afición que pudiera sentir en fantasear héroes para mi patria entre los míos. No es ese mi propósito, y en absoluto lo rechazaría mi manera de ser, y de entender las cosas de la guerra, para las cuales guardo yo mi más religioso respeto: solo deseo dar á conocer hombres distinguidos que con las armas en la mano y en todas las clases y categorías del ejército libertador de Cuba, supieron hacerse admirar y querer de sus compañeros de armas. Lo que voy á decir de Jesús Crespo lo saben como yo centenares de hombres de la pasada guerra que aún viven, y pueden dar fé de aquellas hazañas singulares; pero vamos por orden, para no embrollar la madeja de su vida militar, ni confundir sus hechos heroicos que mencionaré, aunque no hay miedo de que se confundan con los de otros de sus bravos compañeros, por ser tan especiales que cuesta trabajo el concebir algunos de ellos, y mucho más aceptarlos como reales.

Nada de especial se registra en los dos ó tres primeros años de la vida militar de Jesús Crespo, porque por nada, en verdad, brillaba entonces entre los hombres comunes de la Revolución, vinieron á ser la gloria y el renombre de aquellos días patrimonio casi exclusivo de los más favorecidos por razón de sus antecedentes de familia, de talento ó de instrucción, que á eso debían, en muchos casos, el aura popular que elevó sus nombres. Del año de 1871 en lo adelante, empezó el crisol de la Revolución

Desde San Juan de los Remedios hasta el sur del Camagüey se expandieron las historias y la leyenda de Jesús Crespo, el hombre que, sin más escudo que su propio cuerpo, lo mismo rescataba a un herido bajo una lluvia de balas que se zambullía en el fondo de una trinchera enemiga

á purificar su alma, y á dar á luz el valer verdadero de sus hijos, —á separar la paja del grano—. Las villas, con sus doce ó quince mil hombres sublevados contra España en 1869, quedaron reducidos á 2,500 ó 3,000 combatientes, errantes y desarmados en su mayoría en 1871; los demás habían tenido necesariamente que someterse á su enemigo por falta de armas que bien pudieron y no quisieron dar á tiempo los miles de cubanos emigrados, entre los cuales se contaba gran número que representaban millones de pesos en Bancos extranjeros; no los armaron en los años 1869 y 1870 en que las costas de Cuba estuvieron libres de enemigos (Oriente, Camagüey y Sancti Spíritus), porque no había buques de guerra españoles, ni por tierra defensa de guerrillas y columnas enemigas, y nosotros los cubanos dominábamos por lo tanto las extensas playas de esos territorios desiertos, y de ahí la presentación y la ruina de tantos miles de hombres cubanos y patriotas que hubieran podido salvar la Revolución, que por tales causas sucumbió al fin.

Entonces fué cuando buscamos refugio más seguro en el vasto territorio camagüeyano, ya que era imposible sostenernos en el apretado y defendido de las Villas; y allá emigramos todos con nuestras armas de combate, pidiendo pólvora para defendernos y atacar al enemigo, Jesús fué uno de tantos que emigró, confundido entre las numerosas filas de clases y soldados que formaban aquellas peregrinas y valerosas huestes republicanas: llegó al Camagüey y con ellas y después con las mismas avanzó hasta Oriente, en donde se comprobó una vez más lo que pueden el valor y la abnegación verdadera, puestos al servicio de las grandes ideas de libertad y de patria. En 1872 retornaron aquellas fuerzas villareñas de Oriente al Camagüey y se pusieron bajo las inmediatas órdenes y dirección del insigne general Ignacio Agramonte. Por entonces fué Jesús ascendido á subteniente, y ya en esa escala más visible de oficial fué donde empezó á destacarse la figura del hombre vigoroso y bravo, que más tarde había de llenarnos de asombro, y dejarnos como en suspenso, en presencia de actos personales de valor indómito y cuasi salvaje, de esos que no se conciben ni se explican sino viéndolos. Entre otros recordamos uno de mérito heroico que ejecutó Crespo en una calle del poblado de Santa Cruz, Camagüey, en el ataque que á ese lugar dimos á fines del año 1873 las fuerzas de las Villas y los camagüeyanos, á las órdenes del general Máximo Gómez. Habíamos ocupado parte del poblado, con su cuartel lleno de rifles y su depósito repleto de cápsulas; serían en esos momentos las siete de la mañana, y el fuego de un cuartel ó trinchera española, situado en una bocacalle, era terrible y certero, hasta el extremo de que cuantos intentaron atravesar la vía enfilada por los

rifles enemigos, cayeron por tierra muertos ó heridos; cuando eso pasaba, un negrito como de doce años, llamado por apodo **Tomeguín**, que servía de asistente á uno de nuestros oficiales, —no sé si al mismo Crespo— cae herido en mitad de aquella calle de la muerte, pero cae allá como á una cuadra más cerca de la trinchera de los españoles, al pretender pasar inadvertidamente de una acera á otra de la misma; allí se retuerce entre el polvo y la sangre que brota de una mortal herida; se le ve de lejos, se le compadece, y todos desean salvarlo de la prisión y de la muerte. Pero, ¿quién osaría avanzar hasta aquel herido? Nadie. ¿Quién se atrevería á hacer un esfuerzo de corazón sobrehumano y engolfarse en aquella calle llena de balas y retornar por ella con el herido á cuestras hasta el grueso de la columna cubana, parapetada en las calles transversales? Nadie, seguramente. ¿Quién querría condenarse á una muerte casi segura por ir á prestar un auxilio, tal vez inútil, á un muchachito infeliz y moribundo? Nadie, á no ser un loco; y, sin embargo, hubo un hombre que fué, un hombre que no era temerario, ni jactancioso, ni torpe. Jesús Crespo fué ese hombre, ejecutando aquel acto de magnánima bravura como la cosa más natural del mundo. Tomó la calle; avanzó por ella bajo una granizada de balas; á paso lento, sin precipitarse, llegó al niño, lo agarró por su cinto de cuero, se lo echó al hombro, y regresó hasta nosotros con aquel desgraciado agonizante. Ni una bala le tocó en todo el largo trayecto que mediaba entre nosotros y el niño herido; tal parece que aquellas balas certeras enmudecieron ante aquel demente del heroísmo.

Nosotros, espectadores de escena tan bella y conmovedora, cerramos los ojos para no ver el suicidio de un hombre que por tantos títulos queríamos y queremos como á un hermano; pero él volvió sano y salvo, sin ninguna emoción, indiferente, como si nada hubiera hecho de notable y grandioso, dejando ver solo la habitual modestia, que es en Jesús Crespo el signo más característico de su grandeza heroica.

En ese mismo día y en ese asalto al poblado de Santa Cruz, fué donde nos hizo notar que si pujante era su alma, no lo era menos su terrible brazo; el caso fué que Crespo entró ese día en Santa Cruz blandiendo una espada toledana en lugar del clásico y terrible machete “de media cinta”. Pasó el combate y nos retiramos vencedores, cargados con un espléndido botín de guerra; y como alguien notara que ya Jesús no traía la toledana que había llevado á la pelea, y le preguntase por ella, él contestó: —“La eché al mar porque me era inútil”, y agregó: —“Suponte tú ya me había acontecido en otros varios combates anteriores que mis machetes se me hacían pedazos en las manos en la primera entrada, y entonces determiné armarme de una espada de Toledo, porque había oído decir siempre que resistían sin romperse á todos los golpes dados ó recibidos, y efectivamente conseguí esa que llevé á Santa Cruz; pero, ¿qué me sucede? que al entrar por la primera calle con mi compañía me tropiezo con un español y le arremeto de firme con mi espada á machetazos, y nada; no lo mato, ni lo corto siquiera, porque aquella más bien parecía un cinto de metal que un arma

cortante; entonces ensayo la punta, y la dirijo al cuerpo del soldado; y nada, tampoco consigo, porque la espada, tropezando seguro en algún hueso de la víctima, se dobla como un arco y no entra en la caja del cuerpo, como yo pretendo, así fué que, desesperado y rabioso, la arrojé al agua maldiciendo de un arma que no servía para nada”. Pocos días después vimos á Crespo armado de un fiero **garrote** de manajú —mortal por necesidad— en lugar de la espada inútil del cuento, y esa especie de macana india le sirvió bien en lo adelante, porque nunca más lo oímos quejarse de ella, habiéndola ensayado por primera vez en el asalto al poblado de Las Yaguas, en el cual asestó, á un oficial español que huía, tan fiero el golpe por la cintura, que diz que la columna vertebral del desdichado quedó molida para siempre.

Después, en la célebre acción de Palo Seco, se nos vuelve á presentar Jesús Crespo tal como es, en su fiereza natural, en sus vértigos de fiereza; marchaba en el cuerpo de infantería de Las Villas, á retaguardia de la caballería cubana que cargaba en esos momentos á la deshecha columna española y como la infantería no logra en su avance rápido alcanzar á la caballería que va segando impetuosa y sin piedad cabezas españolas; Crespo corre, vuela furioso hacia el enemigo que huye atemorizado, y como no logra alcanzarlo, se le sube la sangre á la cabeza, y cae á tierra como herido por el rayo, siendo retirado del campo de batalla en brazos de sus compañeros de armas. En Las Guásimas, y en todas partes del Camagüey en donde las fuerzas de las Villas



Obra de la serie *Héroes Humildes*, de José A. Rodríguez.